

1943 y 1946 a la luz del análisis precedente para mostrar que su visión esencialmente moral del conflicto de clase, su crítica del egotismo de los ricos y su celebración de la humildad, solidaridad y autenticidad nacional de los trabajadores tienen sus raíces en la cultura de masas. Del mismo modo, sostendré que el peronismo heredó muchas de sus contradicciones —tales como la tendencia a atacar la avaricia de la elite mientras legitimaba la envidia de la clase trabajadora o su adscripción simultánea al antielitismo y al conformismo— del cine y de la radio del período anterior. La deuda del peronismo con la cultura de masas ayuda a dar cuenta del impresionante atractivo del movimiento. También ayuda a explicar cómo un movimiento político tan polarizador parece surgir tan de repente. La profunda división social que caracterizó a Argentina luego del surgimiento del peronismo estaba ya en germen y siendo reforzada, en los años veinte y treinta, por la pantalla del cine, las ondas radiales y las revistas populares.

## Capítulo 1

### LA FORMACIÓN DE LA CLASE EN LOS BARRIOS

*Los tres berretines* (1933), uno de los primeros largometrajes argentinos, es una reflexión cómica sobre la modernización, el consumo y la cultura de masas. La apertura, un montaje de las congestionadas calles del centro, con música de jazz, ubica al film en una Buenos Aires cosmopolita, caótica y ultramoderna.<sup>1</sup> Luego, la cámara deja el centro y entra en un barrio más tranquilo de las afueras. Aquí, el barullo no lo crean los autos y los peatones, sino un grupo de chicos jugando a la pelota en la calle. La cámara se queda en el exterior de una ferretería y después va hacia adentro, donde el dueño, Manuel Sequeiro, un inmigrante español, está atendiendo a dos mujeres que quieren comprar un calentador eléctrico. Ellas no están satisfechas con el modelo que les muestra el dueño del negocio. Parece que el aparato es “vulgar” y no se asemeja a los que vieron en las revistas y en el cine. Manuel les dice que no vende “calentadores cinematográficos” y, molesto, las echa del negocio. Su mal humor empeora cuando la pelota de los chicos entra por la puerta principal y choca contra la mercadería. El cine y el fútbol son, junto con el tango, los tres berretines o “pasiones populares” del título. Al igual que el negocio, el sistema de valores de Manuel también se ve alterado por estas nuevas prácticas culturales masivas y los deseos que ellas han despertado. Como muy pronto descubrimos, su esposa y su hija han abandonado sus responsabilidades domésticas para ir frecuentemente al cine con un amigo de sexualidad dudosa. Uno de sus tres hijos pierde el tiempo fantaseando con triunfar como compositor de tango, a pesar de su

1. Es casi seguro que la grabación es de una improvisación de la banda de Duke Ellington. Una trompeta machacona y estridente le sigue al solo salvaje de un clarinete bajo, casi una cacofonía que combina con las imágenes del caos urbano.

completa falta de educación musical, mientras que el otro sueña con convertirse en jugador de fútbol. Por otra parte, la crisis económica ha arruinado los proyectos de su único hijo respetable, un arquitecto desempleado cuyas dificultades financieras están a punto de hacerle perder a su novia de clase alta. De pronto, los valores tradicionales de Manuel —trabajo duro, patriarcado, educación— parecen ser inútiles, reemplazados por la incitación al consumo ofrecida por las películas, el tango y el fútbol. Y sin embargo, la película termina bien. Aunque el padre los llama “vagos”, tanto el compositor de tango como el jugador de fútbol logran triunfar. Este último se convierte en una estrella y convence al dueño del club para que contrate a su hermano arquitecto para que diseñe el nuevo estadio, y así lo rescata de la pobreza y le permite que se case con la novia. Al final, Manuel mismo acepta la nueva cultura de masas trepándose a un poste de teléfono para unirse a cientos de fans que alientan a su hijo futbolista.

*Los tres berretines* trata, antes que nada, de la lucha por el ascenso social: tanto el compromiso de Manuel con el trabajo y la educación, y la lucha de sus hijos por triunfar en el estadio o en el escenario son estrategias para mejorar sus posiciones de clase. Sin embargo, entre estos dos senderos desde la pobreza a la riqueza, la película se pone del lado de la búsqueda del estrellato, burlándose tanto de la fe en el trabajo del inmigrante como de su confianza en la respetabilidad de clase media. Lorenzo, el hijo futbolista, resuelve todo; Eduardo, el arquitecto, se queda con la chica; pero el gran protagonista es, sin ninguna duda, Luis Sandrini, que hace de Eusebio, el aspirante a compositor de tango.<sup>2</sup> Eusebio pasa el día en el café, silba alegremente el tango que compuso y es engañado por un estafador que le promete que lo ayudará a transcribirlo; él representa una clara alternativa al evangelio del trabajo y personifica la promesa de escapar de la rutina, ofrecida por la cultura de masas.<sup>3</sup> Es más, el éxito de Eusebio como compositor se basa en el hecho de que tiene gustos plebeyos y rechaza lo pretencioso: cuando

2. Sandrini interpretó el papel de Eusebio en la versión teatral de *Los tres berretines*. Percibiendo el poder de su fama, los realizadores ampliaron su papel cuando se adaptó el guión de la película (véase España, 2000: 41).

3. Como ha señalado Pablo Alabarces (2002: 60), la película pone de relieve el poder del deporte popular al incorporar en el reparto a Miguel Ángel Lauri, un delantero estrella, en el papel del hijo que juega al fútbol. Pero esta elección actuarial posibilitaba, incluso más que Sandrini, un actor cómico con experiencia, que se robara la película.

le paga un café a un poeta para que le escriba la letra a la música que compuso, rechaza el primer borrador por ser demasiado elegante y se queda con lo que el poeta menosprecia como “versos pedestres”. El resultado es “Araca la cana”, una historia de amor frustrado narrada casi totalmente en lunfardo. Del mismo modo, el final, la imagen carnavalesca de don Manuel colgado del poste telefónico fuera del estadio de fútbol, subraya la derrota de su aparentemente anticuada idea de respetabilidad. Manuel ha superado su actitud condescendiente respecto de la cultura masiva argentina; ha reconocido el valor y la belleza tanto del tango como del fútbol. Si el tercer berretín está excluido de este final feliz —el éxito de Lorenzo como futbolista “cura” a su hermana y a su madre de la insalubre adicción por el cine—, probablemente se deba a que las películas que se exhibían en los teatros de Buenos Aires en 1933 eran sobre todo producciones extranjeras. Como los calentadores cinematográficos de la escena inicial, estas importaciones eran meramente la ocasión para el consumo frívolo e improductivo. En cambio, la cultura masiva producida en el país es productiva; reúne a la familia Sequeiro y le permite al patriarca inmigrante reconciliarse con el mundo moderno y, a la vez, asimilarse a la nación.

*Los tres berretines* debe ser entendida en el contexto de un proceso complejo de formación de clase en curso durante 1933 en Buenos Aires. Durante la década precedente, el dinámico crecimiento económico y el desarrollo industrial produjeron una significativa movilidad social, una cultura del consumo proliferante y la rápida expansión de los barrios donde vivía una población heterogénea de obreros, oficinistas y también propietarios de pequeños negocios y profesionales. Pero si esos desarrollos favorecieron una borradora de la diferencia de clase, *Los tres berretines* señala ciertas fuerzas que empujan en dirección contraria. Mientras el compromiso de Eduardo con el trabajo riguroso y la educación lo dejan sin empleo, su hermano triunfa precisamente por rechazar esos valores. Esta película, como muchos otros productos culturales de esos años, celebra las prácticas culturales de los pobres en Argentina, no la diligencia de los arquitectos de la movilidad ascendente. La narrativa del pasaje de la pobreza a la riqueza de la película puede leerse como una fantasía escapista, una fantasía que no hablaba de los típicos valores de clase media como el trabajo, la educación y la respetabilidad, sino del orgullo de la cultura popular plebeya en Argentina. La resonancia y el poder de tales mensajes populistas en la

cultura de masas de este período sugieren que, en esos años, persistían las identidades de clase.

Este capítulo ubicará la emergencia de las nuevas tecnologías culturales de masas y sus productos en el contexto de las cambiantes condiciones económicas, políticas y sociales en Buenos Aires. Aunque la radio y el cine llegaban a una audiencia masiva a través del país, ambos medios se dirigían primero y antes que nada a la capital. En los barrios, que estaban creciendo rápidamente, la identidad de clase también estaba en proceso de cambio. Los residentes de esos barrios eran los destinatarios de una variedad de mensajes contradictorios que competían entre sí: desde las promesas de ascenso social que ofrecía la publicidad hasta los panegíricos al progreso y la "cultura" de las asociaciones de fomento barrial, desde la apelación a la unidad nacional favorecida por los políticos hasta la insistencia del movimiento obrero acerca de la solidaridad de la clase trabajadora. Esta no era una población que se había organizado en rígidos compartimentos de clase. Como los empresarios de la cultura masiva necesitaban construir una audiencia dentro de este campo, los programas de radio y las películas estaban influenciados por los discursos existentes. Sin embargo, la fluidez de las identidades de clase del período indica que la nueva cultura de masas ejercería una profunda influencia en la conciencia de los porteños. Durante las décadas de 1920 y 1930, muchos porteños seguirían a la familia Sequeiro en su aceptación de una nación construida en gran parte por la cultura de masas.

### Movilidad e integración étnica en un período de crecimiento

A partir del último cuarto del siglo XIX, Argentina experimentó un vertiginoso proceso de crecimiento económico, expansión demográfica y modernización. La inserción de la nación en una creciente economía global como un gran productor de lana, carne y trigo produjo impresionantes índices de crecimiento e inmigración masiva. Entre 1875 y 1930, la población argentina tuvo un crecimiento explosivo: de dos a veinte millones; su producto bruto interno se multiplicó por veinte. A pesar de su imagen de país agrario —imagen de larga data—, Argentina también alcanzó niveles significativos de industrialización durante este período, tanto en sectores conectados con la exportación

como aquellos dedicados a la producción de bienes para el consumo interno (Rocchi, 2005). De hecho, en 1914, el sector industrial era el mayor proveedor de empleo y el 58% de la población vivía en las ciudades. Las transformaciones sociales y culturales que acompañaron estos procesos fueron dramáticas, y en ningún lugar esto fue tan evidente como en Buenos Aires. Aunque el *boom* de la exportación condujo, durante el fin del siglo XIX, al rápido crecimiento de varias ciudades provinciales, Buenos Aires dominaba el sistema bancario nacional, las importaciones y exportaciones, y el incipiente sector industrial (Johns, 1991: 489-513). La primacía política y económica de la capital impuso un severo límite para el desarrollo de otros lugares: en 1914, el Gran Buenos Aires constituía el hogar del 25% de la población, un porcentaje que crecería en las décadas siguientes.

Paradójicamente, la escala masiva de la inmigración a Argentina durante este período puede haber facilitado un proceso de integración nacional relativamente rápido. Los historiadores han cuestionado bastante la imagen popular del país como un crisol, en el que una cultura nacional emergía en forma mágica a partir de la mezcla de varias líneas europeas. Los inmigrantes habitualmente preferían casarse con alguien de la misma etnia e incluso de la misma región, y esta preferencia ralentizó el proceso de asimilación (Szuchman, 1977; Baily, 1980). Es más, las identidades regionales y étnicas florecieron en el país que los recibió, fortalecidas en parte gracias a una extensa red de asociaciones y mutuales, clubes, periódicos y otras instituciones. En 1925, por ejemplo, la comunidad española en Buenos Aires tenía 237 instituciones (Moya, 1998: 292). Los italianos, el grupo inmigrante más grande, no se quedaba atrás: en 1908 había setenta y cuatro mutuales en Buenos Aires con más de 50.000 miembros (Baily, 1999: 194). Sin embargo, estas asociaciones no impidieron la rápida argentinización de los inmigrantes. El hecho de que los hombres siempre excedían en número a las mujeres dentro de la comunidad hizo que muchos italianos y españoles se casaran con argentinas. Una evidencia fragmentaria indica que los hijos de los inmigrantes nacidos en Argentina tendían a no tener en cuenta la etnicidad en el momento de casarse (Míguez, Argeri, Bjerg y Otero, 1991: 804-807).

Lo más importante es que los inmigrantes en Argentina no fueron marginalizados en la medida en que lo fueron en otras sociedades. Esto no niega que las elites y los intelectuales fueran, muchas veces,

extremadamente xenófobos. Durante los comienzos del siglo XX, la movilización anarquista colaboró en la producción de una profunda ansiedad sobre los efectos de la inmigración, y el Estado respondió de manera represiva, con medidas de deportación y un currículum para las escuelas, intensamente patriótico. Aun así, otras fuerzas menos coercitivas también estaban funcionando. A diferencia de, digamos, Nueva York, Buenos Aires nunca fue una ciudad de guetos. De hecho, en 1910 la capital argentina tenía uno de los índices de segregación más bajos del mundo, una tendencia que continuó cuando la ciudad fue creciendo (Moya, 1998: 180-182). Del mismo modo, era menos probable que los inmigrantes en Argentina quedaran relegados a ciertas ocupaciones en lo más bajo de la estructura social. Los grupos inmigratorios más grandes estaban bien representados entre los dueños de propiedades y algunos formaban parte de las elites nacionales.<sup>4</sup>

Incluso si la idea de crisol es muy simplista, el sociólogo argentino Gino Germani probablemente tenía razón al sostener que la asimilación de los inmigrantes dentro de una cultura dominante se puede describir mejor como un proceso de "fusión" cultural (Germani, 1962: 197-210). Dado lo pequeña que era la población antes de la oleada inmigratoria, los inmigrantes disfrutaron de un dominio demográfico en Argentina, algo de lo que carecían en cualquier otro lado. En 1914, los hombres nacidos en el extranjero superaban en número a los nacidos en Buenos Aires y otras ciudades. Ese mismo año, el 80% de la población argentina estaba compuesta por inmigrantes y descendientes de quienes habían inmigrado luego de 1850 (Rock, 1987: 166-167). Aunque el país era el hogar de una comunidad significativa de rusos, polacos y turcos otomanos, la mayoría de los inmigrantes eran españoles e italianos. Como resultado, las diferencias religiosas, culturales e incluso lingüísticas entre los inmigrantes y los nacidos en el país se minimizaban. Por supuesto que los inmigrantes no podían reproducir la sociedad del viejo mundo en América, pero ellos remodelaron de un modo fundamental la cultura argentina. Este impacto es parcialmente visible en las muchas costumbres españolas e italianas adoptadas como argentinas: la ópera y la zarzuela, que dominaban las ofertas del entretenimiento popular en las primeras décadas del siglo

4. Sobre la distribución ocupacional de los inmigrantes italianos y españoles en Buenos Aires, véanse Baily (1999: 100-102) y Moya (1998: 205-219).

XX, la pasta, la pizza y el puchero, que estaban asociados a la dieta local. Pero la integración étnica es tal vez incluso más evidente en casos de lo que podría llamarse "etnicidad invisible". Los hermanos Podestá, nacidos en Uruguay e hijos de un inmigrante genovés, prácticamente inventaron el circo criollo, un entretenimiento de fin de siglo enormemente popular que celebraba el talento y la cultura rústica de las pampas. El origen étnico de los Podestá no fue un obstáculo para que desempeñaran el rol de gauchos como Juan Moreira, la quintaesencia de lo argentino. De igual modo, cuando los equipos de fútbol argentinos jugaban en el exterior, los columnistas veían a los jugadores como representantes de un estilo criollo o nacional, sin importar su etnicidad real. El club Provincia, que, en 1928, enfrentó a un equipo visitante escocés, incluía en su equipo nombres como Bearzotti, Talenti, Tornatti y Lunghi, y de todos modos eran descriptos por los periodistas como "un equipo de muchachos criollos" (*Crítica*, 4 de junio de 1928, p. 9).

En realidad, la identidad étnica no había desaparecido, sino que había sido relativizada. Los inmigrantes continuaban siendo el blanco de chistes, tal como lo habían sido desde fines del siglo XIX, cuando se creó el personaje de Cocoliche para ridiculizar a los italianos recién llegados, debido a su mal manejo del castellano y a su intento desesperado por asimilarse. Sin embargo, en el nuevo siglo, los cocoliches eran payasos cuya participación se requería en cada puesta en escena de la cultura criolla o nativa; la presencia de un inmigrante italiano les daba autenticidad a las representaciones de la nación.<sup>5</sup> Del mismo modo, la burla a los inmigrantes era el eje central del sainete, esa pieza corta que dominaba el teatro porteño en las primeras décadas del siglo XX. De manera creciente, sin embargo, este tipo de humor fue adoptando un tono cada vez más amable y ligero. En los años veinte, muchos sainetes presentaban la vergüenza que sentían los hijos de los inmigrantes por las extrañas y anticuadas costumbres de sus padres (Moya, 1998: 373-374).<sup>6</sup> Al reírse de estos chistes, las audiencias no solo se burlaban de los inmigrantes, también demostraban su apoyo por el proyecto de asimilación. *Los tres*

5. Sobre el cocoliche, véanse Cara-Walker (1987: 37-67) y Seigel (2000: 56-83). Como propone Samuel Baily: "el nativismo popular [...] era inclusive con el inmigrante" (Baily, 1999: 2).

6. Sobre el humor antiinmigrante en el sainete, véase Castro (2006).

*berretines* —que originalmente era un sainete— revela esta misma actitud: Manuel Sequeiro está cómicamente fuera de sintonía con la cultura popular argentina, pero la asimilación exitosa requiere solo que aprenda a disfrutar del fútbol y el tango del que gustan sus hijos. En los años veinte, los inmigrantes seguían siendo el blanco de la xenofobia y el nacionalismo de intelectuales y guionistas que hacían reír de manera fácil, pero sus hijos eran vistos definitivamente como argentinos. Las filiaciones étnicas persistían, tal como lo confirman las asociaciones y mutuales italianas y españolas, pero no impedían la emergencia de formas híbridas y más inclusivas de identidad nacional.

La inmigración se detuvo de manera abrupta en 1930, cuando la crisis internacional comenzó a afectar la economía argentina. El fin de la era de la inmigración masiva reforzó aún más el declive de la importancia de la división étnica, ya que el porcentaje de extranjeros en la población argentina cayó de un 40% en 1930 a un 26% en 1947 (Rock, 1987: 220).<sup>7</sup> De todos modos, el desarrollo económico continuó remodelando a la población de Buenos Aires. Aunque la interrupción del comercio internacional puso fin a casi una década de un poderoso crecimiento económico, la economía argentina se recuperó mucho más rápido que la mayoría de los países del mundo desarrollado. En 1934 la exportación de granos se había reanudado, y la recuperación económica estaba en marcha. Mientras tanto, la crisis había provocado una profundización del proceso de industrialización por sustitución de importaciones que había empezado en la década de 1890. Debido al crecimiento de la industria textil, el sector manufacturero prosperaba. Como señala David Rock (1987: 232): “En 1935, el valor de la producción industrial todavía estaba un 40% por debajo del sector agrario; en 1943, por primera vez la industria sobrepasa a la agricultura”. A partir de fines de la década de 1930, este crecimiento industrial produjo un importante flujo de migrantes del interior del país a la ciudad. Entre 1937 y 1947, 750.000 migrantes —mayoritariamente desde las provincias vecinas a Buenos Aires como Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y Córdoba— llegaron al Gran Buenos Aires, donde ahora representan una porción significativa de la creciente mano de obra industrial (Little, 1975: 162-178).

7. En 1936, dos tercios de la población de Buenos Aires eran argentinos nacidos en el país (Walter, 1993: 152).

Las décadas de 1920 y 1930 fueron épocas de convulsión económica, en tanto la prosperidad cedió frente a la crisis y luego vino la recuperación y la transformación. Previsiblemente, esta historia económica produjo un profundo impacto en la geografía y organización social de Buenos Aires. Las tasas de crecimiento de los años veinte produjeron niveles significativos de movilidad social. No es necesario decir que los pobres no se beneficiaron del *boom* de un modo igualitario; la inflación produjo un aumento dramático en el costo de vida, y a comienzos de la década el desempleo seguía siendo un problema importante (Shipley, 1977). De todas maneras, los salarios reales aumentaron poco pero regularmente entre 1923 y 1928 (Rocchi, 2005: 51). En Buenos Aires, este crecimiento económico se vio acompañado por una dramática transformación en la distribución espacial de la población, profundizando así la urbanización de las áreas suburbanas que había comenzado a principios del siglo. Con la construcción de un sistema de transporte ampliado —para 1910, la ciudad ya tenía más de cuatrocientas mil vías para el tranvía— y con la disponibilidad de terrenos que podían ser adquiridos por una cuota mensual, los nuevos barrios crecieron con rapidez, especialmente en el norte y el oeste de la ciudad, aumentando el número de porteños que se reubicaban dejando el centro de la ciudad. Los barrios de Almagro, Caballito, Flores, Belgrano y Villa Crespo surgieron alrededor de 1910, y el proceso continuó en los años veinte y treinta. En 1914, los distritos suburbanos de Vélez Sarsfield, San Bernardo y Belgrano alojaban a trescientas mil personas, 20% de la población total de la ciudad. En 1936, la población de esas áreas pasó a ser de un millón, un 40% del total.<sup>8</sup>

Como hemos visto, Buenos Aires nunca ha sido una ciudad de ghettos. Con excepción de Barrio Norte, la zona de clase alta más exclusiva de la ciudad, y unos pocos barrios obreros como la comunidad italiana de la zona portuaria de La Boca, las áreas residenciales no estaban segregadas por clase o etnia. Sin embargo, las condiciones habitacionales en el fin de siglo tendían a remarcar las diferencias de clase. Cuando la economía argentina despegó, la ciudad no estaba preparada para la masa

8. Sobre el desarrollo del sistema de tranvías y la urbanización concomitante del norte y el oeste, véase Scobie (1974: 160-207). Sobre el crecimiento de los barrios en los años veinte y treinta, véanse Walter (1993: 152, 258) y González Leandri (2001: 213-215).

de inmigrantes que llegó. Ante la falta de una red de transporte a gran escala, mucha gente necesitaba vivir cerca de sus lugares de trabajo en el centro. En 1887, el 26,5% de la población vivía en los conventillos ubicados en el centro, que antes eran residencias de la elite y ahora se convertían en lugares venidos a menos para alojar a múltiples familias obreras (Gutiérrez y Suriano, 1992: 38). Otros vivían en pequeños departamentos, hoteles y varios tipos de casillas improvisadas en lo que entonces eran las afueras de la ciudad. Pero las condiciones cambiaron dramáticamente con el crecimiento de los barrios. Ya en 1919, la proporción de la población que vivía en los conventillos había bajado en un 9% y, en gran medida, estos eran reemplazados por viviendas para una sola familia, algo que proliferaba a gran velocidad en los nuevos barrios. Para 1930, los tres distritos más alejados del centro contenían más del 50% de los edificios de la ciudad, la mayoría de ellos, residencias monofamiliares (Walter, 1993: 84).

El viaje desde un conventillo del centro a una vivienda propiedad de una familia en un barrio es una suerte de cliché argentino que simboliza la movilidad social del período. A decir verdad, los historiadores han atemperado la imagen al señalar que solo los trabajadores más privilegiados eran capaces de afrontar las cuotas mensuales e incluso ellos requerían de algún ingreso extra de los miembros de la familia. Muchos de los posibles propietarios eran víctimas de especuladores que vendían terrenos no habitables. El alquiler, generalmente de viviendas de mala calidad, seguía siendo algo común en la ciudad durante los años veinte y treinta. Es más, incluso aquellos que se las arreglaban para comprar tierra y construir sus propias casas a menudo se enfrentaban con condiciones extremadamente difíciles, como la carencia de servicios básicos y la mala construcción (Gutiérrez y Suriano, 1992: 40). De todos modos, la imagen general de niveles relativamente altos de movilidad social durante esos años parece estar sustentada en evidencia. Con el pasaje a un sistema electoral abierto y competitivo, a nivel nacional en 1912 y en la Municipalidad de Buenos Aires en 1917, el clientelismo en el creciente sector público se volvió una importante vía para el ascenso social (Horowitz, 1990: 65-94). Pero la expansión del Estado no fue ni de lejos el único factor en juego aquí. Los investigadores de la inmigración han mostrado que los niveles medios de desarrollo en Argentina crearon muchas oportunidades más allá del trabajo manual para los recién llegados, permitiéndoles alcanzar una movilidad ocu-

pacional mayor que la que podrían obtener en lugares más o menos desarrollados. Incluso cuando la industrialización se expandió y las grandes fábricas se volvieron más comunes, la proletarización se dio de manera más lenta en Buenos Aires que en ciudades como Nueva York. No solo fue mayor la proporción de trabajadores calificados, sino que también fue mucho más común en Buenos Aires para inmigrantes como Manuel Sequeiro convertirse en sus propios jefes (Moya, 1998: 216-218; Baily, 1999: 93-120).

Como el dueño del negocio de *Los tres berretines*, la mayoría de los inmigrantes soñaban con una vida mejor para sus hijos, y aquí también la evidencia sugiere un alto grado de éxito. En este sentido, fue crucial el sistema de la educación pública en Argentina, que hizo posible, para los hijos de familias humildes, no solo el acceso a trabajos administrativos y de oficina, sino también a empleos profesionales. Al examinar los archivos de la mutual más grande de inmigrantes españoles, José Moya ha demostrado que el 43% de las mujeres españolas trabajaban como empleadas domésticas, pero únicamente el 13% de sus hijas cumplía ese servicio. En 1930, la proporción de empleadas domésticas españolas se mantenía más o menos constante, pero la posición de sus hijas había mejorado: solo el 9% eran domésticas y el 30% había alcanzado un estatus "profesional", mayoritariamente como maestras (Moya, 1998: 274-275). Los estudios sobre la inmigración italiana y sus descendientes revelan patrones similares (Devoto, 2006: 372-378). El pasaje de la miseria a la riqueza de la noche a la mañana seguía siendo algo raro, pero la expansión económica de esos años hizo que el ascenso social significativo desde una generación a la siguiente fuera un objetivo realista. Como en el caso de las empleadas domésticas españolas y sus hijas, el crecimiento económico aumentó la participación de las mujeres en el mercado laboral. Y las mujeres no fueron solamente empleadas domésticas y maestras; también estaban presentes en las fábricas de carne y en la industria textil. Ya en 1895, las mujeres representaban el 22% de la población económicamente activa y casi un tercio de ellas estaban empleadas en las fábricas más grandes de la capital (Rocchi, 2005: 160-162). Así como el sector industrial creció en las décadas siguientes, también lo hizo el número de mujeres que trabajaban fuera de la casa.

Los barrios que se desarrollaron a gran velocidad en los años veinte y treinta, como resultado del crecimiento económico y la movilidad

social, eran extremadamente heterogéneos. Profesionales, comerciantes, dueños de pequeños negocios vivían junto con empleados públicos, oficinistas, artesanos y obreros industriales. A fin de siglo, las grandes fábricas habían sido confinadas sobre todo a los distritos del sur de la ciudad, una tendencia que fue reforzada por las regulaciones municipales que, en 1914, creaban zonas industriales específicas. Como resultado, muchos residentes de los nuevos barrios del norte y del oeste vivían lejos de sus lugares de trabajo, una tendencia que tendió a promover modelos de interacción social que no se organizaban alrededor del trabajo. Sin embargo, esta tendencia no debería ser enfatizada en exceso. A pesar de las ordenanzas que reorganizaban las zonas, durante los años veinte y treinta se dio una expansión industrial significativa en los tres distritos de los límites de Buenos Aires, que a mediados de los cuarenta alojaban al 38% de los establecimientos industriales de la ciudad. Tanto el trabajo de manufactura local como el de construcción se desparramaron por los barrios. De todas maneras, Buenos Aires no se había vuelto por completo una ciudad fabril; junto con el desarrollo industrial, la ciudad también experimentó una expansión importante tanto en el sector comercial como en el gubernamental, y ambos continuaron siendo recursos centrales de empleo para la ciudad.<sup>9</sup>

### La formación de las identidades de clase

El crecimiento rápido de los barrios así como la diversidad de la población que los habitaba produjeron un proceso extremadamente fluido de formación de la identidad. Los residentes de los barrios fueron el blanco de múltiples apelaciones que buscaban constituir sus identidades de modos diversos. Algunas de las apelaciones más sobresalientes eran las que emanaban de las nuevas asociaciones e instituciones, como partidos políticos, clubes de fútbol, bibliotecas, periódicos y las omnipresentes sociedades de fomento. Estas últimas organizaciones tendían a dominar la esfera pública de la burguesía barrial y, si surgieron como vehículos para elevar demandas concretas al Estado, de inmediato adquirieron roles más explícitamente ideológicos y di-

9. Sobre las leyes de rezonificación de 1914, véase Scobie (1974: 199). Sobre la expansión industrial en los barrios, véase Walter (1993: 235-236).

seminaron de manera activa un conjunto de valores que incluían el progreso, la educación, la cultura y la moral. En 1926, *Labor*, el diario de la corporación Mitre —la sociedad de fomento del barrio Nazca—, describió la evolución de la institución del siguiente modo:

Las sociedades de fomento de la Capital Federal han dejado de lado su modalidad original de grupo de residentes entusiastas que, actuando en un clima hostil, combinan sus esfuerzos para lograr un objetivo sencillo como el de pavimentar y drenar la calle [...] Sus acciones [ya no] se limitan a la mejora de las zonas en las que actúan, sino que también trabajan en la difusión de la educación primaria y secundaria, en la creación de bibliotecas populares y centros culturales donde se forma la mentalidad del pueblo (cit. en González Leandri, 1990: 97).

Tal como proclamaba orgullosamente *Labor*, estas nuevas asociaciones barriales buscaban formar la conciencia y la identidad de un grupo heterogéneo de residentes de los barrios que representaban. La sociedad de fomento era un instrumento ideológico utilizado por la élite emergente que esperaba imponer su propia visión sobre el barrio. Las bibliotecas populares creadas por esas sociedades o por otras instituciones como el gobierno municipal o el Partido Socialista —que en 1932 había fundado 56 unidades en Buenos Aires— fueron un elemento central para este proyecto de hegemonía. La biblioteca del barrio sirvió, tal como lo proponen los líderes locales del barrio de Barracas, como un instrumento diseminador de “cultura” para las “clases populares” (cit. en Gutiérrez y Romero, 1995: 87). Este proyecto era evidente tanto en la colección de libros que tenían las bibliotecas, que enfatizaban los clásicos del canon literario occidental, como en la actividad principal que allí se desarrollaba: la conferencia, en la que los oradores visitantes se dirigían a una audiencia heterogénea para disertar sobre temas como salud pública, educación, literatura y arte. Tal como han señalado varios historiadores, estos eventos, a los que asistía mucho público, les daban a los residentes del barrio la oportunidad de adquirir “cultura”. Lo que importaba no era tanto el conocimiento particular que uno podía obtener de estas charlas públicas, sino la puesta en escena de un particular y deseable “estilo de vida” que enfatizaba la formalidad, la respetabilidad y la educación. El objetivo era la mejora personal como un medio para lograr el ascenso social.<sup>10</sup>

10. La idea de asistir a conferencias como un “estilo de vida deseable” que

Muchos de estos valores eran, de hecho, visibles en el origen de los barrios. Como explica Adrián Gorelik, el gobierno municipal desempeñó un rol activo en la formación de los nuevos barrios, en especial en aquellos que surgieron en el sur y suroeste de la ciudad. Preocupadas por los posibles efectos negativos del desarrollo industrial, las autoridades se embarcaron en el proyecto de moralizar, a través de la reforma urbana y en particular a partir de la construcción de parques y plazas, a la población obrera de estas partes de la ciudad. La regulación industrial de 1914, que condujo a la fuerza jurídica a segregar de hecho a la industria en los distritos del sur, también tenía como objetivo asegurarse la creación de un “suburbio obrero decente”. El modelo de este tipo de comunidad, según Gorelik, fue Parque Patricios, un barrio creado en 1902 cuando el gobierno municipal dismanteló un viejo matadero en el distrito sureño de San Cristóbal y lo reemplazó con un parque. Del mismo modo, cuando los proyectos de vivienda obrera se construían cerca, cada uno se organizaba alrededor de un espacio verde. La idea era que estos espacios verdes impusieran un cierto orden moral en el uso del tiempo libre para los trabajadores y así ayudaran a construir una comunidad decente y respetable. En 1920, la reputación de Parque Patricios como un barrio modelo de clase trabajadora fue exhibido en textos literarios, y el suburbio obrero decente se convirtió, en palabras de Gorelik (1998: 277-306), en un “paradigma cultural”.<sup>11</sup> Las sociedades de fomento y las bibliotecas populares a cargo de las elites barriales encarnaban el mismo impulso moralizante que se hacía evidente en la reforma urbana oficial. Estas instituciones fueron instrumentos para imponer un modelo particular de respetabilidad y decencia. Incluso así como prometían dotar de progreso y de ascenso social a la comunidad para los residentes particulares, también representaban un esfuerzo por disciplinar a la población del barrio.

La imagen de la sociedad barrial que las elites locales diseminaban a través de sus asociaciones, bibliotecas y periódicos era fuertemente inclusiva. La división y el conflicto social estaban casi ausentes de las conferencias que tenían lugar en las bibliotecas populares, incluso en aquellas organizadas por el Partido Socialista. El discurso sostenía que

podía conducir al ascenso social está tomada de Gutiérrez y Romero (1995: 91). Véase también González Leandri (1990: 111).

11. Véase también Silvestri y Gorelik (1991).

la cooperación a través de los distintos estamentos sociales, tal como lo encarnaban las mismas sociedades de fomento, y no la lucha de clase, era el medio más efectivo para lograr una reforma social (Gutiérrez y Romero, 1995: 92-96). Los periódicos locales definían el barrio en oposición al centro de la ciudad: mientras que la vida en el centro estaba dominada por el dinero y el individualismo egoísta, la sana vida familiar y la cooperación comunitaria de los barrios eliminaban —en palabras de un periódico comunal— “las odiosas diferencias de clase”. En este discurso, tal como lo ha señalado Luciano de Privitellio, los barrios eran a la vez modernos y capaces de atenuar las peores consecuencias de la modernización. En los barrios, el progreso estaba abierto a todo aquel que estuviera dispuesto a abrazar los valores de trabajo, moral y cultura (De Privitellio, 1994: 122-124). Este espíritu de inclusividad era evidente también en otra característica de este discurso: las asociaciones barriales insistían y celebraban con vehemencia su carácter apolítico. La identidad que buscaban imponer sobre el barrio supuestamente debía unir a los vecinos por encima de las pobres distinciones de clase o de bando político.

La retórica igualitaria podía, a pesar de todo, enmascarar o incluso facilitar prácticas elitistas. Además de servir a los intereses comunales, las organizaciones barriales también proveían de posiciones de liderazgo a sus residentes más “distinguidos”.<sup>12</sup> Las sociedades de fomento en particular —a pesar de su insistencia en el carácter apolítico— cumplían un rol importante en la política al presentar las demandas específicas de un barrio frente las autoridades y al alinearse ocasionalmente y de manera explícita con tal o cual partido político con el objeto de intervenir en la política de manera más general. A mediados de los treinta, por ejemplo, muchas sociedades de fomento que buscaban protestar contra los altos precios de CHADE, una de las compañías eléctricas de la ciudad, le dieron su apoyo al Partido Socialista. En respuesta a esta amenaza, el intendente conservador Mariano De Vedia y Mitre logró reunir una coalición de organizaciones barriales

12. Los historiadores de las asociaciones mutuales étnicas en Argentina han identificado un fenómeno similar: el liderazgo de una pequeña elite adinerada coexistía con la igualdad formal dentro de instituciones y con una retórica que enfatizaba la unidad étnica por sobre las diferencias de clase (Devoto y Fernández, 1990: 140).



para hacerle frente.<sup>13</sup> Para que los líderes barriales tuvieran este poder y relevancia política, necesitaban aparecer como defensores de la modernización y el progreso y, al mismo tiempo, como representantes legítimos de sus comunidades. El compromiso con una visión inclusiva e igualitaria del progreso era, así, un componente clave de su hegemonía. Los líderes barriales, que por lo general eran médicos, comerciantes o empleados públicos, estaban involucrados simultáneamente en la construcción de una imagen del barrio igualitaria e inclusiva y a la vez en la búsqueda de un estatus de elite que les permitiera hablar por la comunidad. De hecho, se alentaba a los vecinos para que participaran en las organizaciones comunitarias como un modo de obtener cierta distinción: incluso si el ingreso a la elite política o económica estaba fuera de su alcance, un oficinista o el dueño de un pequeño negocio podía, de manera realista, aspirar a convertirse en un vecino notable de su barrio (De Privitellio, 1994; González Leandri, 2001: 223-225). A veces la tensión entre inclusión y elitismo podía producir conflictos, como por ejemplo cuando las elites del barrio criticaban la preferencia de muchos vecinos por el fútbol por sobre otros intereses culturales “más serios” (González Leandri, 1990: 103-105). Claramente, los esfuerzos de las elites barriales por vestir de ropajes igualitarios a sus instituciones no convencían a todo el mundo. Dante Linyera, un poeta del tango con simpatías por la izquierda, ofrecía una interpretación más cínica y con conciencia de clase: “En cada barrio hay una sociedad de fomento para los ricos y una comisaría para los pobres”.<sup>14</sup>

Las tendencias en disputa hacia el igualitarismo y la distinción eran visibles más allá de la esfera pública de los barrios; se veían también en las cambiantes prácticas de consumo de los porteños. Como ha explicado Fernando Rocchi, el veloz crecimiento económico, la urbanización y el aumento de la producción industrial en Argentina de fin de siglo sentaron las bases para la emergencia de una “sociedad de consumo” (Rocchi, 2005: 50). En la medida en que la cultura de mercado se expandía, la demanda por productos nacionales producidos masivamente, como cigarrillos, cerveza y ropa, se disparó y la publicidad adquirió un nuevo sentido. A partir del comienzo del siglo

13. Sobre el problema con CHADE, véanse De Privitellio (2003: 149-182) y Walter (1993: 173-175).

14. *La Canción Moderna*, vol. 1, n° 4, 16 de abril de 1928.

XX, los diarios y las revistas argentinas se llenaron de coloridos anuncios que buscaban atraer a potenciales consumidores y fomentar cierta lealtad con una marca. La audiencia a la que le estaba destinada la mayor parte de esta publicidad, y el grueso del mercado para estos nuevos productos de la industria nacional, estaban compuestos por la misma población heterogénea que se mudaba a los nuevos barrios: trabajadores y oficinistas que buscaban, en cierta medida, emular los gustos y las costumbres de las clases más altas. Como reconocían los industriales argentinos, las elites compraban productos importados; la demanda para los productos de la industria nacional surgía por completo de los trabajadores que buscaban ascenso social y por “las clases sociales de poder adquisitivo medio”.<sup>15</sup> Esta nueva sociedad de consumo ayudó a producir una borradora de las distinciones de clase en la vida pública. Los industriales advirtieron con alegría la tendencia de los trabajadores porteños a gastar mucho dinero en camisas y corbatas e incluso en relojes de oro, mientras los porteños de buen pasar lamentaban la presencia de las familias plebeyas en los antes aristocráticos parques de Palermo. Como mostró Rocchi, las denuncias de los nuevos ricos eran frecuentes en la literatura de los años veinte y treinta. En 1932, por ejemplo, el escritor Enrique Loncán declaró que Argentina era la tierra del guarango, un trepador pretencioso, bruto y poco educado que no podía apreciar la verdadera elegancia (Rocchi, 2003: 155-156).<sup>16</sup>

Mientras que estas críticas daban cuenta del impacto democratizador del nuevo consumo, también revelaban un deseo por resistir esa tendencia y por reafirmar la distinción de clase. Y el mundo del consumo aún proveía los medios para alcanzar tal distinción, tal como lo revela la preferencia de la elite por los productos extranjeros. Si bien los trabajadores y otras personas de modestos recursos eran cada vez más capaces de copiar a los ricos a través del consumo, una gran diferencia de calidad aún separaba los objetos adquiridos por los pobres y aquellos a disposición de los ricos. En todo caso, incluso si la publicidad apelaba al deseo de ascenso social, los peligros del consumo como medio de obtener cierto estatus eran bien conocidos. La tira cómica *Timoteo Puertonuevo* presentaba el intento de un pobre tipo de pasar por una elegante estrella radial. En una tira de 1933, Timoteo ve

15. El empresario del calzado Luis Pascarella, cit. en Rocchi (2003: 62).

16. El texto citado es *Mirador porteño (Nuevas charlas de mi amigo)*, de Loncán.

una publicidad de un traje que promete que “por solo 50 pesos, usted puede convertirse en Jhon [sic] Barrymore”. Corre al negocio, compra el traje y le pide al sastre que no le ponga “hombreras militares como socialista”. Después impresiona al objeto de su afecto, una corista que le dice que es “elegante” y, utilizando para ello la palabra en inglés, un verdadero “gentleman”. Pero desafortunadamente, cuando empieza a llover y la chica le pide la chaqueta, Timoteo duda. Cuando ella declara que un verdadero caballero (y esta vez usa la palabra en castellano) con gusto le hubiera dado hasta la camisa, él se quita la chaqueta revelando que no tiene camisa.<sup>17</sup> Como todos sus intentos, los esfuerzos de Timoteo por comprar respetabilidad y un estatus social más alto están condenados al fracaso. La tira critica la lucha social, pero desde una perspectiva diferente de la que adopta Loncán para atacar al guarango. Acá lo que produce risa no es el mal gusto de Timoteo, sino su credulidad. La tira cómica muestra el deseo de ascenso social bastante extendido y la tendencia de las publicidades de apelar a ello, incluso si también revela un escepticismo resultado del sentido común hacia las promesas utópicas de la publicidad. La nivelación social que caracteriza a la nueva sociedad de consumo tenía límites claros.

Tanto las elites barriales como los anunciantes tendían a fomentar la búsqueda del ascenso social y a borrar las diferencias de clase. Ya sea a través de la adquisición de cultura y respetabilidad en la biblioteca local o de la compra de un traje adecuado, los porteños podían aspirar a superar las crecientes barreras invisibles que los separaban de los que estaban arriba en términos socioeconómicos. La tendencia a atenuar las diferencias de clase era evidente también en la esfera de la política electoral. Luego de las reformas electorales de 1912 y 1917, la expansión del electorado y la implementación del voto secreto crearon un ambiente competitivo en el que los partidos políticos ya no podían confiar exclusivamente en el fraude y el clientelismo, y así la retórica electoral adquirió una importancia novedosa (Horowitz, 1990; Karush, 2002: 91). Durante esos años —y es importante señalar que el sufragio universal masculino y las elecciones competitivas funcionaban a nivel municipal incluso después del golpe militar de 1930—, los partidos tendían a evitar apelar a clases sociales particulares y a

17. *La Canción Moderna*, vol. 8, n° 299, 11 de diciembre de 1933.

enfaticar, en cambio, su capacidad de representar al pueblo. La Unión Cívica Radical, que dominaba las elecciones nacionales en los años previos a 1930, era particularmente insistente en este sentido. En palabras del líder radical Hipólito Yrigoyen, elegido presidente en 1916 y nuevamente en 1928, “somos la nación misma” (Yrigoyen, 1981: 137-138). De todos modos, en general, la aversión a una política de clase caracterizaba a todos los políticos, sin importar su afiliación partidaria. Incluso los socialistas, que eran los principales contendientes de los radicales en la capital, podían apelar a los consumidores, comerciantes, empleados o residentes en barrios suburbanos del mismo modo que se dirigían a los trabajadores. A pesar de su compromiso con la ortodoxia marxista, la retórica del socialismo compartía varios rasgos con la de los radicales. Ambos decían ser el único partido capaz de representar los intereses del pueblo y ambos trataban de identificarse con el progreso, la modernización y el ascenso social. Las apelaciones directas a los intereses de la clase trabajadora no estaban absolutamente ausentes de la arena política durante el período: los socialistas prometían reformas sociales destinadas a los trabajadores; algunos sectores radicales de fuera de Buenos Aires eran explícitos en sus promesas de ayudar a la clase obrera; incluso el mismo Yrigoyen se comprometió con el *obrerismo*, expresando un vago compromiso de atender a las necesidades de los trabajadores. De todos modos, la competencia política se daba, en su mayor parte, dentro de los parámetros de una visión no pluralista de la democracia, en la cual las apelaciones al pueblo o a la nación como totalidad gozaban de mayor legitimidad que las interpelaciones basadas en la clase.<sup>18</sup>

La inauguración de un sistema político competitivo contribuyó a la emergencia de una sociedad más inclusiva e integrada en la Buenos Aires de los años veinte y treinta. Aunque los porcentajes de inmigración seguían siendo altos hasta la crisis de 1929, en la década de 1920, los hijos de inmigrantes que habían nacido en Argentina constituían una porción sustantiva de la población de la ciudad. A diferencia de

18. Sobre la democracia no pluralista y sobre los esfuerzos pro laborales de los radicales de la ciudad de Rosario, véase Karush (2002). Sobre los modos de evitar las apelaciones basadas en la clase y sobre las semejanzas entre el radicalismo y el socialismo en Buenos Aires, véase De Privitellio (2003: 87-99, 208-209). Sobre el uso del *obrerismo* en Yrigoyen, véanse Horowitz (1990: 115-147) y Persello (2004).

sus padres, estos porteños disfrutaban por completo de la ciudadanía y del sufragio efectivo. Como hemos visto, también vivían en una sociedad en la que existían las oportunidades económicas y el ascenso social y en la que la posibilidad de tener una casa propia y una buena educación para sus hijos eran posibilidades reales. Con frecuencia vivían lejos del lugar en el que trabajaban, en barrios heterogéneos donde se los alentaba a participar en una nutrida red de clubes locales, asociaciones y bibliotecas. Y vivían en una sociedad de consumo en la que el número de productos manufacturados en el país era cada vez más creciente y estaba disponible a precios accesibles, y en el que los publicistas frecuentemente apelaban al deseo de los hijos de inmigrantes por adquirir estatus. Para Luis Alberto Romero y otros historiadores, estos desarrollos produjeron un nuevo conjunto de valores, así como la identidad de clase de décadas anteriores le cedió su lugar a una “ideología espontánea del ascenso social”. De acuerdo con este punto de vista, los barrios de esta época estaban habitados no por los miembros de la clase trabajadora, sino por una población diversa mejor entendida como “sectores populares”. Para Romero y otros, la búsqueda cada vez más extendida del autodesarrollo, de un estatus más alto y una vida mejor era esencialmente una característica de la clase media. En otros términos: aunque muchos individuos no lograran realizar el sueño de ingresar a la clase media respetable, la aspiración era casi universal. Esta era una “sociedad masiva de clases medias” (Romero, 2002; Rocchi, 2003: 154).

Esta descripción captura, por cierto, algunos aspectos del período. Es innegable que Buenos Aires tenía un gran y creciente número de dueños de pequeños negocios, oficinistas y empleados públicos, maestras y otros grupos medios. En otras palabras, muchos porteños no eran ni pobres ni ricos. De acuerdo con un estimado reciente basado en las estadísticas sobre ingreso anual en 1914, las clases bajas ascendían al 55% de la población mientras que los ricos constituían una pequeña elite menor al 1%. Entre estos dos extremos, había un grupo inmenso —casi el 45% de los argentinos— que podía ser llamado clase media (Rocchi, 2005: 62). Aunque imprecisos, estos números son sugestivos y ayudan a demostrar que el crecimiento económico de esos años proveyó de importantes oportunidades económicas para la gente común. En este sentido, parecían sustanciar tanto la imagen de este período como caracterizado por altos rangos de movilidad social

como la fama de Argentina como el país con la clase media más grande de Latinoamérica. Es más, en ciertos ámbitos, las afiliaciones con la “clase media” eran cada vez más visibles en los años veinte y treinta. Los líderes de las asociaciones barriales, por ejemplo, ocasionalmente abrazaban su “medianía”. Las elites del barrio de Boedo remarcaban la importancia de la modestia, criticando a los que desdeñaban los negocios locales a favor de los más pretenciosos y caros negocios del centro (De Privitellio, 1994: 116). Al celebrar su propio ascenso de clase mientras se distinguían de los ricos, estaban comenzando a forjar una identidad de clase media.

Sin embargo, como lo demuestra Ezequiel Adamovsky en su historia reciente sobre el tema, la identidad de clase media no estaba extendida en Argentina durante los años veinte y treinta. Aunque algunos políticos e intelectuales esperaban que algo llamado “clase media” sirviera como contrabalance al proletariado radicalizado, ningún partido político o sindicato se presentó a sí mismo como defensor de ese sector. Por el contrario, las organizaciones que representaban a los empleados administrativos, empleados públicos y trabajadores de la telefónica adoptaban una identidad explícitamente de clase trabajadora, mientras que los sindicatos de maestros y bancarios habitualmente expresaban su solidaridad con el movimiento obrero. A diferencia de sus equivalentes en otros países latinoamericanos, estos trabajadores del sector administrativo no adoptaban una explícita identidad de clase media. En otras palabras: el 45% de los argentinos con niveles de ingreso medios no parecían percibirse a sí mismos como miembros de una clase distinta, con un conjunto de intereses particulares que los distinguía de los que estaban por debajo y encima de ellos en el espectro social (Adamovsky, 2009b: 135-216).<sup>19</sup>

Esto no niega que muchos valores habitualmente asociados con la clase media estuvieran, de hecho, en alza, incluyendo no solo el desarrollo personal como camino hacia el ascenso social, sino también el pudor, la frugalidad, la respetabilidad y el patriarcado. Una imagen idealizada de la familia respetable, con un padre trabajador que provee educación para sus hijos y una madre ama de casa que cultiva

19. Véase también Adamovsky (2009a: 209-251). Enrique Garguin acuerda con la periodización de Adamovsky (véase Garguin, 2007: 161-184). Perú y Brasil constituyen casos opuestos (véanse Parker, 1998, y Owensby, 1999).

el desarrollo moral de ellos, se volvió prominente durante la época (Míguez, 1999: 21-45). Los anunciantes reforzaban este mensaje genérico al hacer foco en las amas de casa que, ellos creían, estaban a cargo del presupuesto familiar. Al patrocinar los programas diurnos de radio diseñados para apelar a las madres que se quedaban en la casa, los productores de comida y medicinas ayudaban a construir una imagen poderosa de la domesticidad respetable (Rocchi, 2003: 177-180). De todas maneras, estos supuestos valores de clase media no eran incompatibles con la identidad obrera, tal como lo sugiere la noción de "suburbio de clase trabajadora decente". Es más, estos valores no se integraron a una ideología o una identidad unificada. Por el contrario, las tensiones y la ambivalencia persistieron. Por ejemplo, las elites barriales y los políticos enfatizaban su compromiso con la modernización, pero también estaban preocupados por la presencia creciente de las mujeres en los lugares de trabajo modernos que amenazaba la respetabilidad tradicional de la familia (Míguez, 1999: 38-42). *Los tres berretines* presenta a una familia estereotípica de la clase media gobernada por el patriarca que busca inculcar un *ethos* de trabajo y esfuerzo a sus hijos mientras espera que su hija consiga un buen marido. Sin embargo, la cultura moderna atenta contra el control patriarcal de Manuel Sequeiro sobre su esposa e hijos así como contra su idea de respetabilidad. Finalmente, la educación y el desarrollo personal son cada vez menos los medios para alcanzar el ascenso social, y cada vez más unas antiguas reliquias de una época pasada. Por supuesto, la promesa de una cultura de masas transgresora está claramente limitada por el género: a diferencia de los hijos de Manuel, su hija permanece confinada por las nociones de respetabilidad y acepta dejar de ir al cine. Aun así, *Los tres berretines* ofrece para los varones jóvenes una opción entre la antigua respetabilidad y la afiliación con las prácticas culturales de los pobres. Una identidad moderna y de clase media no es ni siquiera una opción.

La idea de que una identidad de clase media estaba desarrollándose se ve complicada aún más por el hecho de que la militancia obrera persistía e incluso se expandió durante este período. La extensa movilización laboral en Argentina data de la primera década del siglo XX. Esta primera ola de luchas laborales estuvo liderada principalmente por los anarquistas, cuyo mensaje parecía estar hecho a la medida de una sociedad en la que el fraude rampante hacía de la garantía consti-

tucional del sufragio universal masculino una promesa vacía (Falcón, 1987: 378-387). Con pocos motivos para obtener la nacionalidad argentina, los trabajadores inmigrantes eran frecuentemente receptivos al mensaje antipolítico del anarquismo. Sin embargo, incluso durante la época de oro de la militancia anarquista de la primera década del siglo XX, el crecimiento del movimiento obrero le debe mucho a la capacidad de los sindicatos para representar las demandas salariales de los trabajadores (Thompson, 1984: 81-99; Korzeniewicz, 1989: 25-45). El pragmatismo del movimiento obrero se hizo incluso más evidente después de 1915 con el ascenso de los sindicalistas, que estaban más dispuestos que los anarquistas a aceptar la mediación del Estado. La orientación pragmática y realista de los sindicatos argentinos reflejaba la conciencia de los trabajadores inmigrantes, que combinaron la identidad de clase con un profundo deseo de ascenso social, que era lo que los había motivado a cruzar el Atlántico.<sup>20</sup>

Esta combinación produjo una militancia agresiva que culminó en una oleada de huelgas masivas durante el período 1916-1921. Aunque la revolución bolchevique ciertamente inspiró un nuevo radicalismo entre una parte del movimiento obrero, el pragmatismo de la clase trabajadora persistió. El movimiento obrero sindicalista buscó abiertamente el apoyo del gobierno radical de Hipólito Yrigoyen, una estrategia que en sus inicios tuvo éxito cuando la administración respaldó las demandas de los trabajadores con el objeto de mantener el flujo de exportaciones y de fomentar el favor de los votantes de las clases trabajadoras (Rock, 1975; Horowitz, 2008). Pero la movilización laboral eventualmente provocó la represión: el gobierno alentó a los rompeshuelgas a interrumpir el conflicto portuario en curso, permitiendo que los nacionalistas de derecha atacaran a los sindicatos y a los izquierdistas, y lanzando al ejército sobre los huelguistas durante la infame Semana Trágica de enero de 1919. En la estela de esta represión, y frente a un nuevo aumento de la inmigración, el movimiento obrero entró en un extendido período de declive. En 1920, la federación sindicalista había movilizó a más de 100.000 trabajadores en más de

20. Jeremy Adelman sostiene que el pragmatismo de los trabajadores argentinos refleja el hecho de que, como inmigrantes, carecían de una "herencia de oposición a la organización capitalista de la clase dominante" (Adelman, 1992: 16).

598 sindicatos, pero dos años después, la nueva federación contaría con solo 22.000 miembros en 161 sindicatos (Adelman, 1992: 21). Las huelgas continuaron durante los años veinte, pero, con la excepción de una ola de huelgas masiva alrededor de la ciudad de Rosario en 1928, nunca alcanzaron el espectro o la intensidad de los conflictos de 1916-1921 (Munck, Falcón y Galitelli, 1987: 100-102).<sup>21</sup> Esta caída tuvo muchas causas. La represión detuvo los esfuerzos de los organizadores sindicales, pero, a la vez, las divisiones ideológicas debilitaron al movimiento obrero desde adentro. Muy probablemente, el dinamismo de la economía de esos años también desempeñó un papel en esto. Con el aumento de los sueldos, la expansión de la vivienda propia en los barrios multclasistas y la explosión de la publicidad que exaltaba las promesas de consumo, no es sorprendente que el movimiento obrero perdiera terreno y que muchos porteños eligieran la búsqueda del ascenso social por sobre la defensa de los intereses de clase.

El debilitamiento del movimiento obrero fue, sin embargo, un fenómeno temporario. Aunque el golpe militar de 1930 liberara una nueva ola de represión y el alto nivel de desempleo de los años siguientes sirviera para atenuar la militancia sindical, los sindicatos empezaron a recuperarse ya a mediados de la década. Después de solo sesenta huelgas en Argentina en 1934, hubo ochenta en 1935, 215 al año siguiente y un promedio de 118 huelgas anuales durante el resto de la década (Korzeniewicz, 1993b: 9). Esta nueva agresividad acompañó un rápido crecimiento en la afiliación sindical y un cambio en las características y las estrategias del movimiento obrero. Antes de 1930, el movimiento había estado compuesto fundamentalmente por trabajadores calificados que se organizaban en pequeños sindicatos artesanales; solo los trabajadores portuarios y ferroviarios habían empezado a crear organizaciones nacionales. Pero ahora, con los socialistas, los sindicalistas y los anarquistas debilitados y con la industrialización que producía un crecimiento rápido en el rango del proletariado, los comunistas —relativamente recién llegados al movimiento obrero argentino— fueron capaces de lograr un crecimiento significativo de las uniones industriales. Entre 1936 y 1941, el número de miembros del sindicato en el sector industrial se duplicó bajo el liderazgo de los

21. Sobre las huelgas de 1928 en Rosario, véanse Karush (2002: 180-195) y Korzeniewicz (1993a: 1-32).

sindicatos comunistas. Con cientos de trabajadores no calificados y semicalificados en sus filas, estas organizaciones no podían depender de sus posiciones estratégicas en el proceso de producción, como habían hecho los viejos sindicatos de artesanos y también los portuarios y ferroviarios. Los comunistas, en cambio, construyeron organizaciones nacionales con burocracias altamente centralizadas y forjaron alianzas políticas para beneficio de sus miembros.<sup>22</sup>

El resurgimiento del movimiento obrero en la década 1930 demuestra que las afiliaciones de la clase trabajadora y sus lealtades permanecieron extendidas durante este período. Si el crecimiento de barrios multclasistas y el advenimiento de una sociedad de consumo sirvieron para borrar las diferencias de clase, la industrialización y los esfuerzos de los líderes comunistas empujaron en dirección opuesta. Es más, la solidaridad obrera no se confinó a zonas industriales discretas, sino que para la segunda mitad de los años treinta estaba expandida incluso en los nuevos barrios. Los tres distritos periféricos del censo que eran el hogar de un 40% de la población porteña en 1936 también alojaban aproximadamente al 20% de los trabajadores industriales de la ciudad. Incluso si vivían en barrios multclasistas, estos trabajadores no habían intercambiado simplemente su conciencia de clase por la búsqueda del ascenso social. En los momentos claves, muchos de los residentes de estos barrios se mostraron dispuestos a expresar su solidaridad con los trabajadores en huelga. A fines de 1935, 60.000 obreros de la construcción abandonaron sus trabajos para demandar un aumento salarial, mejoras en la seguridad del espacio de trabajo, reducción de la jornada laboral y reconocimiento sindical. Como el conflicto se extendía en enero, los principales sindicatos convocaron a una huelga general. El resultado fue dos días de protesta masiva, la más larga y violenta desde la Semana Trágica de 1919. El epicentro del conflicto y el sitio de casi todos los choques entre los huelguistas y la policía fue la zona de urbanización más reciente, los florecientes barrios del norte y oeste de Buenos Aires (Iñigo Carrera, 2004).<sup>23</sup> Es

22. Sobre el surgimiento de las nuevas uniones industriales, véanse Durruty (1969) y Korzeniewicz (1993b: 7-40). Sobre el éxito de los comunistas, véase también Tamarin (1985: 152).

23. Sobre la ubicación de los incidentes de la huelga, véase Iñigo Carrera (2004: 84-85).

más, la solidaridad de clase no estaba limitada a los trabajadores industriales. Durante los años treinta, muchos oficinistas y administrativos adscribieron al movimiento obrero (Adamovsky, 2009b: 135-76). Particularmente influyente fueron los empleados de comercio sindicalizados, que usaban sus conexiones con el Partido Socialista para asegurar la sanción de una legislación protectora. Para fines de la década, casi un 15% de los administrativos de la ciudad estaban organizados, y el Sindicato de Empleados de Comercio le dio su apoyo a los comunistas (Horowitz, 1990: 79-84, 105-109, 165-168). Tanto la intensidad de la huelga general en enero de 1936 como la fuerza del sindicato de los empleados de comercio sugieren que la expansión de las filiaciones de la clase trabajadora tuvo un impacto significativo más allá de las paredes de la fábrica.

A pesar de este aumento en la militancia obrera, los miembros de los sindicatos seguían siendo una minoría entre los trabajadores activos de Buenos Aires. Sin embargo, la solidaridad obrera tenía una influencia y un atractivo más allá de los sindicatos. Era evidente, por ejemplo, en la prensa hegemónica y particularmente en *Crítica*, el periódico de la tarde más popular de la ciudad. Durante los años veinte, el dueño de *Crítica*, el uruguayo Natalio Botana, adscribió a las técnicas sensacionalistas de Hearst y Pulitzer, incluyendo los titulares estridentes, una extensa cobertura policial y de la vida nocturna en la ciudad. Para octubre de 1924, el promedio de circulación de *Crítica* era de 166.385 ejemplares, quedando en tercer lugar entre los muchos matutinos porteños; al final de la década, el diario estaba vendiendo más de 300.000 ejemplares por día (Saítta, 1998: 49, 73). Sylvia Saítta sostiene que el diario constituyó su público a partir de dos estrategias complementarias. Por un lado, el diario buscó “la expansión por medio de la especialización”, generando continuamente nuevas secciones con el objeto de apelar a distintos grupos de lectores potenciales (Saítta, 1998: 117). Por otro lado, *Crítica* adoptó una consistente pose editorial como “la voz del pueblo” (Saítta, 1998: 55-90). El diario empleaba con frecuencia este lenguaje de un modo inclusivo, usando su volumen de circulación como evidencia de su lugar como el verdadero representante de los intereses populares. Pero el populismo de *Crítica* también lo lanzaba hacia una alianza explícita con la clase trabajadora y los pobres. En 1923, *Crítica* lideró una campaña, con un perfil bastante alto, en apoyo a Kurt Wilckens, un anarquista que había ase-

sinado a un coronel en venganza por su rol en la brutal represión de los huelguistas de la Patagonia. Durante el resto de la década, *Crítica* apoyó a los sindicatos argentinos, organizando eventos de beneficencia y presentándose a sí mismo repetidas veces como el defensor de los pobres (Saítta, 1998: 65-79). Aunque el diario de Botana nunca hubiera sido confundido con una publicación de izquierda ortodoxa, la defensa de los intereses de los trabajadores era uno de los aspectos que lo hacía atractivo. El hecho de que esta estrategia resultara exitosa revela la continua relevancia de la identidad obrera para muchos porteños.

En los años veinte y treinta, los barrios de Buenos Aires no albergaban a una clase media consciente de sí misma. Estas áreas, en cambio, experimentaban un proceso fluido y ambiguo en el que una población diversa era abordada de muchas maneras, competitivas y contradictorias. Los partidos políticos, las asociaciones barriales y los publicistas tendían a enfatizar la modernidad, el ascenso social y la respetabilidad, mientras atenuaban las diferencias de clase, pero la solidaridad obrera persistía. Era sumamente obvio en el refortalecimiento del movimiento obrero, pero era también visible en la instancia populista de *Crítica*, en los conflictos entre los líderes y los miembros rasos de asociaciones étnicas, en el recurrente conflicto de las asociaciones barriales entre la “cultura” promovida por las elites del barrio y los deportes adoptados por los residentes más plebeyos, así como en la esporádica pero notable aparición de apelaciones a los trabajadores en la política electoral. Las audiencias de estos discursos se superponían de manera significativa. Un miembro de un sindicato liderado por un comunista, por ejemplo, bien podía vivir en un barrio multclasista, participar en la sociedad de fomento local y votar por los radicales.

La ambigüedad de la formación de clase en este período es visible en la memoria de Edmundo Rivero, un gran cantante de tango de los años cuarenta, cincuenta y sesenta (Rivero, 1982). Nacido en 1911, Rivero creció en Saavedra, un barrio del noreste de Buenos Aires recientemente urbanizado. Su padre había sido jefe de la estación de tren y después oficial de policía, su madre era ama de casa. La familia vivía en una gran casa con los abuelos de Edmundo. Así era entonces el modelo de casa propia, ostensiblemente clase media de un barrio de Buenos Aires. Cuando era chico, Rivero usó mucho la biblioteca municipal de Saavedra, donde leía novelas de Dumas y poesía de Dante. Es más, cierta expectativa de respetabilidad estructuró su juventud.

Rivero mantuvo sus intereses musicales en secreto frente a sus padres, porque pensó que no lo aprobarían, y aunque cantaba con su hermana en casa, ella, como chica joven, no estaba autorizada para entrar a un bar. Sin embargo, este no era un mundo uniformemente de clase media. Además de la biblioteca, Saavedra también tenía un bar frecuentado por malevos y delincuentes, donde el joven Rivero podía escuchar a los músicos que venían a tocar. Rivero recuerda la tristeza que reinaba en el barrio después de los conflictos laborales de enero de 1919. Es más, él creció hablando lunfardo y se fascinó con los payadores Juan Pedro López y Martín Castro, cuyos versos denunciaban la pobreza y la injusticia social. Rivero no terminó la escuela secundaria y se convirtió en cantor de tango después de hacer el servicio militar en 1929. Crecer en el barrio le dio un deseo de ascenso social, pero también una fuerte filiación con la cultura popular de los argentinos pobres.

Los pequeños empresarios y artistas que desarrollaron la música, los programas de radio y las películas de los años veinte y treinta buscaron formar una audiencia entre los residentes de los barrios porteños. La cultura masiva que crearon lleva dentro los trazos de este ambiente ideológico: combinó un compromiso progresivo con el ascenso social con un discurso populista y hasta consciente de la clase. Valores ostensiblemente de clase media, como la respetabilidad, el esfuerzo y la búsqueda del ascenso social encontraron su expresión en los nuevos medios, como también lo hicieron las críticas a la modernidad, las denuncias populistas contra los ricos y la celebración de las virtudes y la autenticidad nacional del trabajador pobre. De todas maneras, la cultura de masas no fue un simple espejo de su público. De hecho, la cultura de masas del período remodeló elementos de la cultura nacional para construir una imagen de la sociedad argentina que difería notablemente del mundo heterogéneo y ambiguo de los barrios. La representación positiva de la cultura plebeya en *Los tres berretines* fue típica de la cultura masiva nacional, aunque el foco de la película puesto en una familia de clase media lo fue en menor medida.<sup>24</sup> La mayoría

24. *Los tres berretines*, originalmente un sainete de Arnaldo Malfatti y Nicolás de las Llanderas, pertenece a una tradición de obras teatrales argentinas sobre la clase media. Adamovsky encuentra los orígenes de esta tendencia en las obras de Gregorio de Laferrère, Florencio Sánchez y Federico Mertens, escritas en la primera década del siglo XX (véase Adamovsky, 2009b: 219-226). Hay otras películas que pertenecen a esta tradición —un ejemplo es *Así*

de las películas, de las canciones y de los programas de radio nacionales de este período representaban a Argentina como una sociedad irremediabilmente dividida entre ricos y pobres. Para entender por qué, necesitamos reconocer que Argentina no era un mundo cultural sellado de manera hermética. Los productores argentinos enfrentaban una intensa competencia con el flujo de cultura masiva importada. Como sostendré, este mercado transnacional alentó a los productores locales a privilegiar el melodrama y enfatizar el populismo, expandiendo la distancia entre la realidad argentina y su representación según la cultura de masas.

es la vida (Mugica, 1939), también basada en una obra de Malfatti y De las Llanderas—, pero es bien sabido que las películas melodramáticas discutidas en el capítulo 3 las superan en cantidad. Como sostengo en el epílogo, los años cincuenta y sesenta serían testigos del pleno florecimiento de esta tradición.